CAPÍTULO SEXTO

MÉXICO EN LA COMUNIDAD IBEROAMERICANA

MÉXICO EN LA COMUNIDAD IBEROAMERICANA

Por José Luis Rubio Cordón

PROPÓSITO

Esta es una reflexión sobre el papel que corresponde a México en la Comunidad Iberoamericana.

No se trata de hacer un esquema de la realidad mexicana —naturaleza, historia, cultura, política, economía, etc.—, lo que puede encontrarse en cualquier Anuario o Enciclopedia. No se trata, tampoco, de realizar un estudio sin temperatura y con ambiciones de total ecuanimidad sobre el presente y los destinos de México en esa Copmunidad, por la razón de que México jamás provoca indiferencia, contemplación distante y fría, con pretensiones de objetividad absoluta, lo que queda muy lejos de lo alcanzable. No es posible acercarse a lo mexicano sin que se produzcan sentimientos vivos y cálidos de amor y desamor.

Se trata, en este caso, de emprender y desarrollar esa reflexión sobre la realidad mexicana en la configuración y marcha de la Comunidad Iberoamericana con una declarada posición de amor y fe.

Ese amor y esa fe que llevan a —o parten de— la exaltación de los valores mexicanos, no oculta, no puede ocultar, el reconocimiento de taras e inconvenientes, a veces muy graves. Es más: los hacen más ostensibles, en cuanto con más pasión se desea su superación.

Hay que encarar, por lo tanto, lo que de valores nucleares reune México para constituirse, sin duda, en clave fundamental de la Comunidad, en su verdadero núcleo central. Abierto al Norte a los Estados Uni-

dos hispanos; al Oriente, al Caribe y la Península Ibérica; al Sur a Centroamérica y América del Sur, y al Este a Filipinas.

Lo que reveló en una forma definitiva la formidable fuerza de la Revolución Mexicana, lo más valioso de su herencia, fué el reconocimiento sin vuelta atrás del *mestizaje,* no sólo como realidad histórico-cultural pasada y presente, sino más aún, como tarea, razón de ser, destino o misión en la sociedad universal, lo que ha llamado Leopoldo Zea nuestra "Utopía". La Utopía prometedora y posible. Máxime cuando el pueblo mexicano actuó y actúa como zona fronteriza con otra gran cultura, no enemiga, pero sí en una rivalidad que puede ser fructífera.

Siendo este mestizaje la razón de ser última de la Patria Grande Iberoamericana, la toma de posición de México en puesto de avanzada en este terreno, lo convierte en punta de lanza de nuestro quehacer colectivo.

La toma de conciencia plena de esta tarea es lo que se presenta ante México como cuestión prioritaria. Por eso la existencia de elementos proclives a la dispersión y a la desintegración, o al aislamiento en un cerrado nacionalismo, y no a la síntesis de sus elementos indígena e hispano o a la identificación con el resto de los pueblos iberoamericanos, se revela como el primer obstáculo a superar.

En este terreno, la crítica ha de ser amorosa e implacable.

LA REVOLUCIÓN MEXICANA: ¿EL MÉXICO TOTAL?

La Revolución Mexicana, la primera gran revolución de nuestro siglo XX —tan rico en convulsiones sociales— nos plantea, de inmediato, cuestiones como: si fué una verdadera revolución, si fué la revolución del pueblo mayoritariamente campesino, y cuales fueron su sentido y su resultado más fecundos.

La primera cuestión es si puede considerarse a la Revolución Mexicana como una verdadera revolución.

Si consideramos la revolución como un cambio de clases —no de grupos— en el poder, evidentemente la mexicana sí fué una revolución. La clase oligárquica-terrateniente que, aliada con los intereses extranjeros, imperaba en tiempos del porfiriato, fué desplazada por una nueva clase, una alta clase burocrática, financiera, industrial, una burguesía nacional y sus servidores en la Administración.

Pero si consideramos la revolución como el paso del poder de una minoría a la totalidad del pueblo, evidentemente la Revolución Mexicana no fué una revolución verdadera, aunque pudo serlo. Hay quien afirma que en pocos países de América el pueblo decide menos que en México.

La Revolución Mexicana fue una revolución a medias. Sus impulsos político-sociales se quedaron muy atrás. Su caracter democrático-burgués acentuó lo burgués y silenció lo democrático. En gran medida, pese a enderezamientos como el intento de Cárdenas, el impulso nacional de la busguesía, que fué lo nuevo y lo positivo sobre el planteamiento antinacional de la oligarquía anterior, acabó desnacionalizándose. Lo inevitable sin el control popular.

La segunda cuestión reside en este pregunta: ¿En qué medida ese proceso, inicialmente imagen y ejemplo de revolución eminentemente campesina, fué realmente campesina?

Así como la Revolución Francesa se nos aparece como la revolución burguesa y la Revolución Rusa como la proletaria, la imagen que nos viene inmediatamente a la cabeza, visual, plástica, es la de un proceso campesino.

Y, efectivamente, la Revolución Mexicana la hicieron los campesinos, en esas mareas de hombres de la tierra que se volcaban en la lucha en el sueño de recuperación de lo que por naturaleza y razón era suyo. Pero no la administraron ellos: la organizaron y administraron los licenciados y militares de la "familia revolucionaria", capaces de las más encendidas declaraciones agraristas —como en la Constitución del 17—, pero incapaces de construir la democracia sobre el hecho inaugural de la distribución del agro.

El ritmo de distribución de la tierra se hizo desesperante. Más avanzaba el número de habitantes que el de hectáreas entregadas. (Cantaba el corrido, en la nostalgia de Zapata: "El general nos decía: Quiero Tierra y Libertad. Y el gobierno se reía cuando lo iban a enterrar").

Ya no hay tierras para repartir, se dice. Pero hay latifundios. Todavía más de millón y medio de campesinos no tienen tierra. Pero se repartieron —lentamente— hasta más de 110 millones de hectáreas, tres cuartas partes de las tierras laborables en ejidos y pequeñas propiedades.

Muchas de las familias beneficiadas siguen en la penuria. Pero, aunque sean pobres, son personas. Porque la tierra para el campesino, sobre todo el indígena, no es cuestión de "tener" sino de "ser".

La Revolución desandó los caminos de la Reforma, que pretendió hacer de los comuneros "ciudadanos", iguales y dignos, y los convirtió en siervos atrapados por los latifundistas y sus "tiendas de raya". Les devolvió al sentido comunal de la tierra, ¡pero tan lentamente!

Y la tercera cuestión hace referencia al sentido más hondo y más fecundo de la Revolución.

¿Cual es, para la Historia, y para la Historia de la Comunidad Iberoamericana en concreto, el sentido de la Revolución Mexicana?

Dicho muy simplemente: asumir el lugar central de esa Comunidad, abandonado —o inevitablemente perdido— hacía tiempo por España. ¿Cómo? Merced al inmenso empuje del mestizaje como idea diamantina del México total, recuperado. Ese colosal impulso y reconocimiento del mestizaje, como real definición del México completo —segundo impulso después de la colonización— es lo nuclear de México, alzado a la luz pública por la epopeya revolucionaria. Es lo nuclear de la Revolución Mexicana, lo que la eleva como gran desafío.

A la postre, esta afirmación cultural del mestizaje resultó lo fundamental del proceso mexicano iniciado en 1910. Eso señala a México para el puesto clave en nuestra Comunidad, definida por su voluntad mestizadora y de síntesis.

México resulta, hoy en día, una España exagerada, en donde lo hispano se da con mayor intensidad que en la España de hoy. A la vez, se da lo indígena, no como un pasado, sino como un presente asonbrosamente restallante de vida. Y se da la mezcla, la razón resultante del choque, doloroso y prodigiosamente fecundo, en todas las manifestaciones de la vida diaria y de la cultura que palpita. ¡Qué turbadora riqueza! Aunque mantenga tensiones aún no superadas, aunque sangre todavía por heridas no cicatrizadas, o que algunos —con su intención— las procuren mantener abiertas.

Escribe Carlos Fuentes:

> *La Revolución mexicana fue un intento —el mejor de nuestra historia— de reconocer la totalidad cultural de México, ninguna de cuyas partes era sacrificable* (1).

(1) FUENTES, Carlos: "*Nuevo tiempo mexicano*" México D.F., Aguilar, 1966, pág. 63.

LA TAREA: EL MÉXICO PLENO

Un "intento" de alcanzar el Mexico total, donde ninguna de sus partes fuera sacrificada.

Un intento. Pero una tarea inconclusa. En ese México total ¿cuántas partes fueron sacrificadas? ¿Qué instancias, qué intereses, qué poderes, se movieron para desviarlo y truncarlo?

Para recuperar la parte indígena, tan hondamente humillada, ¿era necesario satanizar a la parte hispana? Algunos ¡y con qué violencia!, lo entendieron así. Hispanofobia galopante. Y empobrecimiento y desidentificación.

Y la parte indígena, en principio recuperada y ensalzada, ¿al poder? La realidad es bien distinta. Crece, se afirma y penetra, afortunadamente. Pero aún dista de mínimas condiciones de igualdad.

Pero, también, es perceptible que avanza. El síntoma más esperanzador es que los beneméritos pioneros indigenistas —en algunos casos defensores de la abierta fractura de la sociedad mexicana, en un afán de retornos históricos imposibles— van siendo superados por los propios indígenas en la defensa de sí mismos. Algo que hacen con mayor tino y realismo.

El México de todos ha de serlo, en primer lugar, del sector indígena, hoy primero en el despliegue propagandístico, la literatura oficialista y los museos, pero no en la realidad social.

El México de todos ha de serlo, igualmente, para las impresionantes masas populares que mantienen tesoneramente su fe religiosa ante una intelectualidad que mayoritariamente la menosprecia, y a la que sería conveniente pedir, no su conversión, ni menos el Estado confesional que pedía Morelos — "Que la religión católica sea la única, sin tolerancia de otra" (2)—, sino la simple comprensión. Bien está el Estado laico, como advino con Cárdenas, tras el Estado anticatólico del Jefe Máximo de la Revolución, Calles. Pero la irónica sonrisa del intelectual, del maestro, del periodista, no se compadece con una afirmación limpia de democracia, de identificación con el pueblo. Acercarse, comprender y respetar para que México sea también de esas masas populares con fe religiosa (3).

---

(2) MOREROS, José M.ª: "*Sentimiento de la nación*", escrito en 1812, punto 2.º.

(3) Sobre religión y política en el México actual, véase el interesante reportaje publicado en "Proceso", México D.F., 19 septiembre 1999, págs. 22 a 25

El México de todos ha de serlo para la mayoritaria población sin recursos para su propia defensa, mordida por la corrupción y por la inseguridad ciudadana. El orden público, que es la libertad de los más y el mayor tiempo —todos los días—, que es la de andar sin miedo por las calles y por los caminos, más allá de la libertad política que se ejerce con el voto cada seis años, apremia la necesidad de una auténtica nueva revolución, pacífica y dura. ¡La libertad de los más, el orden público, que es la asignatura pendiente, cuya falta mina y enturbia la felicidad democrática en tantos países! ¡Que el ciudadano de a pie, que no goza de servicios privados ni públicos de protección, se sienta más defendido por la Ley que el delincuente!

El México de todos, para todos, precisa completar la siempre iniciada y nunca completada "transición democrática". La Revolución quebró el exoesqueleto opresor, porfiriano-poinsettista, que asfixiaba al pueblo de México. Pareció liberarle, pero no proporcionó un endoesqueleto vertebrador y liberador sino un nuevo exoesqueleto opresor. El PNR-PRM-PRI se constituyó en aparato dominante e indesplazable. ¡Ha durado más que el PC de la URSS!

La herida mexicana de la falta de democracia, el ángulo no cumplido de la exigencia revolucionaria del "sufragio efectivo", quedó sangrando al aire a partir del 2 de octubre de 1968, con la mortandad de Tlatelolco. La exigencia de cerrar esa herida es cada día más fuerte. En treinta años no todo ha permanecido quieto, no permanece incólume en todas partes el "partido preponderante". Aunque a ritmo demasiado parsimonioso, avances hay, esperanza hay. Tal vez el fin del monopolio del PRI no esté demasiado lejos. Y cuando esto ocurra, sin duda habrá que cargar sobre su cuenta, no solo los desaciertos, los abusos de poder, las traiciones al ideal revolucionario, sino también el mantenimiento de la cohesión mexicana cuando más sumido estaba el país en el choque de fuerzas disolventes, y sin caer en los extremos del totalitarismo de "partido único" que asoló a Europa.

El México total, el México de todos ¿está más cerca? No tan cerca como quisiéramos, pero sí más cerca.

Pero, junto a estas rectificaciones que emprende o debe emprender, México, para ser de todos nosotros, para cumplir como debe su responsabilidad ante toda la Comunidad indo-hispana, precisa, de una vez, el cumplimiento de dos exigencias:

Por un lado, la de cobrar conciencia, definitiva y firme, de que es el centro de esa Comunidad, de que le corresponde ese puesto de garantía de fidelidad a la razón de ser de la misma, que es la Utopía posible del *mestizaje.*

Y, de otro lado, necesario de toda necesidad para aquella, la de cobrar conciencia de que ha de asumir la herencia hispana como eje que une a todo el conjunto, ha de sentir a España como un proceso mestizador —Europa y Africa, Occidente y Oriente—, que México continuó y superó venturosamente.

MÉXICO: CENTRO DE LA COMUNIDAD

El 6 de septiembre de 1815, Simón Bolívar escribe en Kingston al caballero Henry Cullen una carta que, con el tiempo, se ha hecho legendaria con el nombre de "Carta de Jamaica".

Bolívar expresa en ella todo el mundo de sus aspiraciones —sus sueños— y sus temores —sus desasosiegos—:

> *Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria* (4).

Y, más adelante:

> *Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sóla nación con un sólo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo* (5).

Aparecen, evidentes, las razones de esa futura y deseable unidad:

> *Ya que tienen un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, deberían, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse* (6).

Los temores, no obstante, surgen de inmediato:

> *... más no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América* (7).

---

(4) Bolívar, Simón: "Carta de Jamaica". México D.F. UNAM, "Cuadernos de Cultura Latinoamericana", n.º 1, 1978, pág. 24.
(5) Id., pág. 29.
(6) Id., pág. 29.
(7) Id., pág. 29.

Bolívar invoca a los pueblos indígenas invadidos y conquistados por España. Vuelca sobre España palabras de dura negación, comprensibles en quien está viviendo una guerra a muerte por la independencia frente a la Corona española y ha de cargarse de argumentos ante ésta.

> *... más grande es el odio que nos ha inspirado la Península que el mar que nos separa de ella* (8).
>
> *... una nación como la española, que sólo ha sobresalido en fiereza, ambición, venganza y codicia* (9).

Sin embargo, no es la suya la voz del invadido y conquistado que clama por la expulsión violenta de los invasores y conquistadores, de los que arrebataron su tierra y su cultura. Es la voz de los herederos de los conquistadores e invasores que con los indígenas crearon un Nuevo Mundo:

> *... un pequeño género humano ... un mundo aparte ... ni indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles ...* (10).

El criollo Bolívar, racialmente hispano, no invoca la libertad de cada uno de los imperios y pueblos conquistados para recuperar sus independencias. Eso sería el retorno a la dispersión y el desconocimiento mutuo precolombinos. Invoca la unidad, en una sola nación, porque es común el origen, la lengua, las costumbres, la religión...es decir: todo lo que ha sido la herencia unificadora de la presencia hispana. Herencia dramática, discutible, labrada en páginas de todos los colores, sangrientos y sublimes, pero gigantesca, sin vuelta atrás posible, innegablemente generadora de lo que esa América era cuando los hombres de la emancipación la reciben en sus manos.

Y, en esa "Carta de Jamaica", Bolívar adelanta el nombre de dos regiones de significado especial, emblemático, en la construcción integradora.

Por un lado, Panamá, como el lugar de encuentro para el magno Congreso que pondrá los cimientos de la alianza:

> *¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos!* (11).

---

(8) Id., pág. 10.
(9) Id., pág. 23.
(10) Id., pág. 17.
(11) Id., pág. 29.

Por otra parte, México, el centro claro de la unidad:

La metrópoli, por ejemplo, sería México, que es la única que puede serlo por su poder intrínseco, sin el cual no hay metrópoli (12).

México, el Virreinato de la Nueva España que Humboldt había descrito, no muchos años antes, como muy superior a los nacientes Estados Unidos de la América del Norte (13).

Las guerras de independencia (1810-1824), de independencia pero, en principio, de solidaridad y alianza para el sueño visionario de hombres como Bolívar, tienen en 1821 el punto clave de la incorporación de la Nueva España, con el nombre de México, al fenómeno de la emancipación de la América hispana. La alianza y confederación no se produce. Cada fragmento toma su camino propio, desprovisto del núcleo aglutinador antiguo de la Corona española que no encuentra el nuevo núcleo aglutinador emergente que hubiera podido ser México.

Ciento setenta años más tarde, en 1991, un México que ha perdido en el camino la mitad de su territorio pero que ha recobrado su sentido con la Revolución iniciada en 1810, sale al reencuentro con la celebración en Guadalajara de la I Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno. Esa Comunidad de pueblos ahora puede incluir a Portugal y a España, ahora no hay más que diálogo entre iguales, no hay más que un lenguaje de libertad. España, instigadora de esas Cumbres, se inclina ante el deseo mexicano de abrir el camino, para facilitar su comienzo, por supuesto, pero más, en el fondo, por el reconocimiento del papel decisivo de México en el empeño. No sólo decisivo: imprescindible.

Después, a lo largo de las Cumbres sucesivas (en Madrid, Salvador de Bahía, Cartagena de Indias, Bariloche, Viña del Mar, Isla Margarita y

(12) Id., pág. 24.

(13) Escribe Alexander von Humboldt en su "Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España": "Ninguna ciudad del Nuevo Continente, sin exceptuar las de los Estados Unidos, presenta establecimientos científicos tan grandes y sólidos como la capital de México. Citaré sólo la Escuela de Minas, el Jardín Botánico y la Academia de Pintura y Escultura conocida con el nombre de "Academia de las Nobles Artes". Esta Academia debe su existencia al patriotismo de varios particulares mexicanos y a la protección del ministro Gálvez. El Gobierno le ha cedido una casa espaciosa, en la cual se halla una colección de yesos más bella y completa que ninguna de las de Alemania. Se admira uno al ver que el Apolo de Belvedere, el grupo de Laocoonte y otras estátuas aún más colosales, han pasado por caminos de montaña que por lo menos son tan estrechos como los de San Gotardo, y se sorprende al encontrar estas grandes obras de la antigüedad reunidas bajo la zona tórrida y en un llano o mesa que está a mayor altura que el convento de gran San Bernardo"

Oporto), México representó una fuerza impulsora, sinceramente comprometida.

Pero lo más singular, lo más destacable y estimulante, es el entusiasmo mexicano para sacar adelante la realización de la próxima Cumbre —en noviembre de 1999— en La Habana. Unos países —Costa Rica, El Salvador y Nicaragua— por oposición a la dictadura castrista, y otros —Chile y Argentina— por oposición a la extradición a España del ex-dictador y senador chileno Pinochet (solicitada a Gran Bretaña por la Justicia española y tramitada por el Ejecutivo español, por su obligación como Estado democrático con división de los tres poderes, según establece la Constitución de 1978) decidieron que sus respectivos Presidentes no participaran en la reunión de la capital cubana, aunque sí sus Gobiernos, representados por los respectivos ministros de Relaciones Exteriores.

México y España, codo a codo, se han esforzado para salvar esa Cumbre, para que no quede devaluada por la ausencia de cinco Jefes de Estado. Cumbre que, sin duda, va a significar un hito en la historia de las mismas, un paso cualitativo importante, en cuanto que va a poner en marcha una Secretaría Permanente de Cooperación, cuya sede, probablemente, resida en Madrid, y que, probablemente, será encabezada por el embajador mexicano Jorge Lozoya. Una Cumbre que va a tener una repercusión pública, un eco informativo, mucho más considerable que cualquiera de las anteriores.

No es aventurado señalar que las mayorías iberoamericanas van a descubrir ahora que tales Cumbres existen y que, detrás de las mismas, existe una realidad que es la Comunidad Iberoamericana. Y tampoco es aventurado destacar que sin México las Cumbres tendrían poco sentido, y que con México lo cobran enteramente.

Es un gran servicio de México a la Comunidad. Y también a la fidelidad al sentido más profundo que la Revolución mexicana rescató como gran esperanza para todos. Lo que representa México en las Cumbres no es el seguidismo de una elucubración española: es la afirmación de su conciencia de centralidad en la misma.

MÉXICO: CENTRO DE LA COMUNIDAD IBEROAMERICANA

La estrella de la Comunidad, que antaño tuvo su centro en la Península Ibérica, tiene un Norte en la presencia hispana en los Estados Unidos, tiene un Sur hasta el Cabo de Hornos, tiene un Oeste en Filipinas, y un

Este que va del Caribe hispano hasta Portugal y España. Y tiene un centro: México.

El México que, al inicio de la Revolución, contaba con sólo quince millones de habitantes, alcanza ahora el centenar. Es el primer país de lengua española, antes que la propia España y la Argentina. En la Comunidad sólo es superado por el Brasil lusohablante.

Tal vez fue el mexicano, olvidado y ahora recuperado, Lucas Alamán quien tuvo la comprensión más clara de la unidad de la América hispana después de los grandes Libertadores. La Revolución, en nuestro siglo, tuvo su comprensión genial en José Vasconcelos, quien habló de la "Raza Cósmica" como expresión cabal —por contradictorio que parezca— del mestizaje. Vasconcelos abrió el México revolucionario a toda la Iberoamérica de su tiempo. Lamentablemente, el régimen que se apropió de la Revolución —salvo momentos excepcionales— se encerró en sí mismo y se aisló. La misma América Central vivió unos años en que, pendiente de México, era ignorada por México. Fué el Presidente López Mateos, al comienza de los años sesenta, quien volvió a abrir a los mexicanos al mundo entero, y especialmente a sus vecinos del Sur.

Aún así, nada profundo se ha pensado en México, en el último siglo, sin la dimensión total indo-hispana. "Cuadernos Americanos" y todas las grandes publicaciones no se han hecho nunca sólo para este país: se han hecho para toda Iberoamérica, para toda América Latina. Igualmente, las grandes editoriales mexicanas, a las que nuestra cultura común debe un importante tributo de gratitud, y sin las cuales nuestras Universidades serían distintas y más pobres.

Por su parte, la capacidad de acogida, de asimilación, de la Universidad mexicana del caudal de intelectuales y prefesores de toda Iberoamérica ha sido asombrosa. Enriquecedora para ella, y para los demás, que han podido continuar en su docencia —y en muchos casos iniciarla— y no enmohecerse en un exilio infecundo.

Asombra su valor integrador, de apertura a lo valioso de otros países. Sobre todo visto desde el talante cerrado de la Universidad española, endogámica hasta regionalmente. Cualquiera que se asome, por ejemplo, a la UNAM, en el Distrito Federal, se sorprende con la convivencia abierta con profesores argentinos, chilenos, brasileños, centroamericanos... y, por supuesto, españoles.

Sin menospreciar a la Universidad española, es comprobable que en muchos aspectos la Universidad mexicana es más plural y palpitante que la nuestra, empezando por el primer escalón del lenguaje de los estudiantes, visiblemente más rico en ellos que en los españoles. El filósofo español Eugenio Trias lo acaba de subrayar, después de una estancia en la capital mexicana:

> *Para quienes nos dedicamos al mundo de la cultura, y más específicamente del pensamiento, México es, sin duda, nuestro verdadero Nuevo Mundo. El debate y discusión pueden adquirir, en este país, en sus centros universitarios sobre todo, un caracter de inquietud, vivacidad y rigor que dificilmente podemos imaginar en nuestros propios foros. Y desde luego puede asumir unos niveles de comprensión muy superiores a los que, al menos a corto plazo, podemos encontrarnos en nuestros prepotentes vecinos, que muchas veces parecen creerse en posesión de la exclusiva en cuestiones de inteligencia y reflexión* (14).

México volvió, como con Centroamérica, al interés más vivo por el Caribe de nuestra propia lengua. Martí resulta algo muy propio, muy hondamente sentido, por los mexicanos.

Y, más allá, al Este, los países de la Península: Portugal y España. España, la vieja metrópoli. ¡Qué larga historia de desamores y amores entre México, la Nueva España, y la España vieja!

México es el primer país independizado de su seno en ser reconocido por España, en 1836. Un siglo más tarde, México no se mantiene neutral y distante ante la trágica Guerra Civil española. Participa y se define. Oficialmente, al lado de la República del Frente Popular. También, otros núcleos, al lado de los "nacionales". Es una guerra propia, así sentida. El México de Cárdenas, cuando en 1939 esta guerra concluye, no reconoce la nueva situación y obstinadamente se mantiene en su postura, estable-

(14) TRÍAS, Eugenio. "*Viaje a México*", en "El Mundo", Madrid, 28 octubre 1999 —1.ª edición—, págs. 4 y 5. Trías destaca: "Me sorprende la fuerza vital de ese gran país que tan poco y mal conocemos. Hemos asumido de forma rauda nuestra identidad europea en frivola desconsideración de los importantes lazoa que nos unen a los países de más allá del Atlántico. Y dentro de ellos México es, quizás, algo semejante a lo que Estados Unidos es para la Gran Bretaña"... "Sorprende la extraordinaria fuerza y vitalidad del país y de sus gentes. Y sobre todo la capacidad de generar, en medio de todas esas dificultades, unos marcos de reflexión cultural e intelectual que en muchos aspectos nos podrían servir de ejemplo y acicate"

ciendo, incluso, relaciones diplomáticas con el Gobierno de la República en el exilio, a cuyas instituciones acoge. El régimen español es admitido en las Naciones Unidas en 1955, y el régimen mexicano sigue en su posición inmutable.

México sostiene relaciones con innumerables países de todo signo, numerosos de ellos bajo regímenes no democráticos. Pero España no es para los mexicanos un país más. México se convierte en la parte de España que, vencida en la Península, allí no se da por vencida. Curiosamente, en la propia España, sin relaciones diplomáticas, en los años cuarenta y cincuenta, lo mexicano hace furor. El cine, la música, la canción de México inundan la vida española. Artistas, cantantes, toreros de allá inundan la cotidianidad española, son los ídolos populares acá.

La acogida que el México de Cárdenas ofrece a la emigración política hispana supera todo lo imaginable. Una generosidad sin límites, no vista en ninguna parte antes o después. Para estos españoles, México no fué el destierro: fué el "transtierro", como lo llamó José Gaos. México no fué su segunda Patria, sino su propia Patria alargada en la geografía.

Cárdenas acordó con Francia facilitar la acogida en su país de más de 150.000 refugiados españoles que quedaban en suelo francés. (Francia mantenía a la mayoría en campos especiales de internamiento, de donde podían salir para la Legión Extranjera o para compañías de Trabajadores Extranjeros). Finalmente México acogió a cerca de 20.000 españoles (15).

Nadie pensó que procedían del país de los "conquistadores genocidas". Eran hermanos que enriquecerían a la cultura y la sociedad mexicanas. ¡Con cuánta facilidad pudieron ejercer sus trabajos todos los profesionales, sin exigencias imposibles de comprobada titulación! ¡Y cuánta cosecha cultural se recogió! México se enriqueció. Y España se enriqueció, al quedar en su ámbito cultural lo que hubiera podido perderse en países extra-hispánicos. No se puede hablar de Cultura española en esa época sin comprender como capítulo eminente, y en algunos aspectos

(15) Lo recordaba el emigrado español Eulalio Ferrer, en la "Casa de América" de Madrid, el 13 de octubre de 1999. El acuerdo con Francia se hizo todavía con Leval. Félix Santos en *"Exiliados y emigrados: 1939-1999"*, Madrid, Fundación Españoles en el Mundo, 1999, pág. 24, indica: "El número total de españoles que llegaron a México se aproxima a los 20.000. Eran gente profesionalmente muy calificada.

esencial, a lo que los españoles hacían en México... y a lo que los discípulos de esos españoles hacían como mexicanos para su pueblo, pero también para España y para toda Iberoamérica. Si no fue despreciable, tal como muchos pretenden, lo que la propia sociedad hispana producía en su seno pese a todas las dificultades, la visión completa de la aportación española a la Cultura de su tiempo no puede apreciarse sin lo que se hacía al otro lado del Atlántico, en el Antiguo Virreinato de la Nueva España.

Finalmente, al producirse en España el proceso de democratización, bajo el reinado de Juan Carlos I, México pone fin a su reconocimiento del Gobierno en el exilio y, el 28 de marzo de 1977, establece relaciones con el Gobierno de Madrid, que consolidará la democracia con la Constitución de 1978.

Pero, al mismo tiempo, México nos golpea a todos los miembros de la Comunidad, y especialmente a España, para que volvamos a sentir como nuestro —por más que nos arrebataran la lengua— al miembro más olvidado: Filipinas. ¡Qué lacerante el olvido español de Filipinas, el abandono en manos de Estados Unidos para todo y en todo, como si nada tuviera que ver con nosotros!

Filipinas fue, en realidad, hija de México y nieta de España. Desde 1565 fue directamente dependiente del Virreinato de Nueva España. La famosa "Nao de Acapulco" fué, hasta la independencia mexicana, el hilo de unión con la metrópoli a través del Virreinato.

Cuando la independencia de este Virreinato se produce, Agustín de Iturbide hace una exhortación a la Capitanía General de Filipinas para que se una a México, continuando:

> *... los estrechos lazos que nos unían, pero ahora en un clima de libertad e igualdad* (16).

No se aceptó la propuesta. Filipinas seguirá adherida a España, pese al conato de secesión promovido por militares de origen mexicano conducidos por Andrés Novales, que se levantan en Manila para seguir el

(16) Archivo General de la Nación, México D.F. Según Andrés del Castillo, "Intentos de México independiente por mantener los vínculos con Filipinas durante el siglo XIX". Ponencia en el Congreso de la Sociedad Latinoamericana de Estudios sobre América Latina (SOLAR), Toluca, noviembre 1998, pág. 5.

ejemplo de México, en 1823, y, más tarde, en 1828, con el motín de los hermanos filipinos Vicente y Miguel Palmero (17).

Cabrían muchas reflexiones sobre el futurible filipino de haber triunfado estos movimientos secesionistas pro-mexicanos, sobre cual sería el papel de Filipinas en nuestra Comunidad de haberse producido ese giro histórico. Sobre qué hubiera sido más positivo, el tutelaje por un tiempo de la madre o de la abuela. El "Periquillo Sarniento", mexicano, es conocido en Manila como "el español". Y, no hace mucho, nos recibieron en Manila a un grupo de españoles con música mexicana, naturalmente.

Cuando el Presidente Adolfo López Mateos decide agilizar las relaciones internacionales y emprende una serie de viajes a todas las regiones del mundo —superando la habitual y única reunión con el mandatario norteamericano—, llega a Manila el 20 de octubre de 1962 y, al ser recibido por el Presidente Diosdado Macapagal, expresa:

> *Con el espíritu abierto de amistad, hemos venido un grupo de mexicanos a reanudar el diálogo que sostuvimos durante doscientos cincuenta años y que acontecimientos históricos quisieron que quedara en suspenso por más de ciento cuarenta años.*
>
> *Ese diálogo, que se inició cuando López de Legazpi llegó, partiendo de Acapulco, a la bahía magnífica de Manila. Ese diálogo que se continúa cuando a través de Nueva España llega a Filipinas el recio tronco cultural greco-latino que España representa en el siglo XVI....*
>
> *De México salieron evangelizadores, colonizadores, educadores. El galeón de Manila reveló al mundo americano la riqueza del Oriente fabuloso.*
>
> *Hoy recordamos este interrumpido diálogo y hemos venido los mexicanos a decirle a los filipinos que... nos entendemos en los mismos ideales culturales que son tronco de nuestra estirpe...* (18).

---

(17) El trabajo de Andrés del Castillo (hoja 6) refiere: "...en junio de 1823, como consecuencia del movimiento de independencia americana, los mexicanos residentes en Manila que ocupaban cargos importantes en el ejército son reemplazados por peninsulares. Este hecho provocó un levantamiento que se ha llamado el Motín de Novales por su líder el capitán Andrés Novales, quien era de origen mexicano. Los rebeldes logran tomar el Ayuntamiento de Manila, sin embargo contaron con el apoyo de la población indígena. El motín fue sofocado y sus organizadores fusilados". Y añade (hoja 8) que "hay otro motín similar en 1829 en Manila, cuyos líderes son los hermanos Vicente y Miguel Palomero, que eran oficiales del ejército nacidos en Filipinas". Y que también fracasan.

(18) Documentación Iberoamericana: "Anuario Iberoamericano: 1962", Madrid, Instituto de Cultura Hispánica, 1963, pág. 182.

Horas más tarde, en la cena ofrecida por el Presidente Macapagal, insiste:

> *Antaño, miembros de una misma Comunidad, nuestros países están llamados ahora a sostener ideales de dignidad, de democracia y de paz dentro de la convivencia internacional.*
>
> *México asistió, en el año de 1946, a la proclamación de la Independencia de las Filipinas. En ese acto se cumplió, una vez más, el permanente ideal de los países de origen hispánico: manejar sus propios destinos formados en la cultura europea; bajo el signo de España, México y Filipinas adquirieron individualidad y advinieron a la madurez paso a paso. Esa mayoría de edad se significa, precisamente, por un afan irreductible de independencia* (19).

"Bajo el signo de España", entonces. México despliega su continuidad enriquecida. Y es ahora México quien reivindica su papel central, nucleador, en esta estrella de los vientos de la "misma Comunidad", lanzando al Oriente —su Occidente— la hermandad de sus brazos.

Y, finalmente, al Norte, los Estados Unidos, una gran parte de los cuales fué arrancada a México, recién independizado. En 1845 los Estados Unidos se anexan Texas, escindido en 1836. Y en 1848, después de la guerra de 1846, México se ve obligado a ceder a su vecino del Norte la mitad de su territorio.

Pero desde entonces, México ha sido la frontera vigilante frente a la penetración norteamericana hacia Iberoamérica, el largo y difícil muro de contención ante una política expansionista con pretensiones de alcanzar hasta la Patagonia "en virtud de su superioridad de raza". Aunque esa frontera no ha sido un muro de contención en el sentido contrario. Lo hispano perfora el muro, penetra y crece en suelo norteamericano. No sabían los estadounidenses que con aquella brutal acometida hacia el Sur, devorando tanto suelo novohispano, habían dejado entre sus límites nacionales una semilla que, al pronto facilmente ignorable, acabaría con el tiempo haciéndose presente, vigorosa, manifiesta, y que acabará imponiendo al gran país la realidad de una cultura bipolar y de un bilingüismo. No supieron, al arrollar a un pueblo con su "superior civilización esclarecida" —

(19) Id. pág. 183.

hecho tan festejado por Engels (20)— que la vida que mantenían bajo sus plantas acabaría resucitando e imponiendo, no dentro de muchas décadas, la evidencia de un pueblo bicultural y bilingüe. Venturosamente. No para quebrar la unidad norteamericana, sino para que en parte los Estados Unidos acaben siendo, también ellos, una porción de la Comunidad Iberoamericana.

Un director de la CIA, en tiempos de la Guerra Fría, llegó a decir que el peligro principal para los Estados Unidos no estaba en la URSS, que estaba en la penetración de los hispanos desde el Sur. Hoy eso ya no es un "peligro": es una realidad que Norteamérica ha de asumir, y asume cada vez más imparablemente. Con beneplácito o repulsión. El "english only" es la pretensión de edificar un muro cada día menos sostenible. Treinta y un millones y medio de hispanohablantes son ciudadanos de los Estados Unidos en el presente. Cien millones lo serán dentro de cincuenta años. Los políticos no pueden desconocer esa masa de votantes y se esfuerzan en hablar o balbucir el castellano. Ninguna lengua aprenden los estudiantes en mayor número que la lengua española, la segunda hoy en el mundo (21).

Aunque las informaciones diarias nos enseñan otra cosa —¡no digamos con la Zona de Libre Comercio!— en la realidad profunda se está produciendo una penetración continua y creciente de lo mexicano-hispano en los Estados Unidos. Y, como lo propio de nuestra Comunidad es la capacidad de síntesis, nuestra cultura asimilará lo positivo y abierto de la cultura norteamericana con mucha más fuerza que esta cultura pueda asimilar nuestras aportaciones y valores.

---

(20) "Conviene que México caiga bajo la influencia de Estados Unidos. Nada perderá con ello la evolución de todo el continente americano". Engels, en "La Gaceta Alemana", Bruselas, 1848.

(21) López Schlichtin, Cristina. "*El español, segunda lengua en los EE.UU.*"- Reportaje en "Los Domingos" de "ABC", Madrid, 17 de octubre 1999, págs. 1 a 5. Los Estados Unidos son en el presente el cuarto país de lengua española, después de México, España y Argentina. El 65 por ciento de los universitarios que estudian una lengua diferente al inglés elige el español. La demanda crece. Hay unos 600 periódicos y semanarios en español, aparte de numerosas emisoras de radio y de televisión. Más del 25 por ciento de la población de California, Nuevo México y Texas habla castellano. En Nevada, Arizona, Florida y Nueva York, entre el 10 y el 25 por ciento. El alcande de El Cañizo, pueblo de 8.000 habitantes en el sur de Texas, Rafael Rodríguez, ha declarado el español como lengua cotidiana para toda la vida municipal.

LA UTOPÍA POSIBLE DEL MESTIZAJE

México necesita alcanzar la completa conciencia de su centralidad en la Comunidad. Pero México no alcanzará esa plena conciencia sin asumir, también con plenitud, el sentido orgulloso de la realidad mestiza. Es decir: de que es el resultado de la integración de dos factores: el indígena y el hispano. No se trata de que desconozca, cerrando los ojos al pasado, los errores y aberraciones de cada uno de sus progenitores, ni los sacrificios humanos ni las matanzas. Se trata de que asuma la herencia más positiva y noble de los padres. Se trata de no sentir global vergüenza, unas veces escondida y otras explícita, de las raíces de donde procede. ¿Cómo poner en pié a un pueblo si se le dota de abrumadoras razones para avergonzarse, para sentirse inferiores a los otros pueblos, por descender de una raza de "procaces y crueles" conquistadores y de otra raza de pobres indígenas violadas?

En la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, puede leerse en una gran lápida:

> *El 13 de agosto de 1521 heróicamente defendido por Cuauhtemoq cayó Tlatelolco en poder de Hernán Cortés.*
>
> *No fue triunfo ni derrota fue el doloroso nacimiento del pueblo mestizo que es el México de hoy.*

El día en que los mexicanos sean penetrados hasta el tuétano por lo que expresa esa lápida —generosa, positiva, llena de gallardía y de certezas— la obra estará cumplida, México habrá terminado de encontrar su puesto clave.

Como la lápida de Tlatelolco muestra, se ha andado camino. Pero todo el camino no está andado. La siembra interesada de tantos años de quienes no gustaban de un México seguro de sí mismo, de quienes se complacían en un México plagado de contradicciones sin superar, tiene vigencia diaria, palpable y dolorosa. La linea mestizadora revolucionaria, bien simbolizada por el magisterio de Vasconcelos, se quebró con un anti-hispanismo desbordado, que iba a empezar, precisamente, en muchos de los muros que él abrió para que los muralistas —inmensos y geniales— enseñaran su historia al pueblo, pero que algunos utilizaron para establecer escuela de rencor y de sonrojo.

El salto a la aceptación plena del mestizaje no es posible con tanta negación del factor hispano como aún es visible en México. Y eso impide todavía la culminación de la conciencia de México como centro de la

Comunidad, porque rompe la razón que le hermana con Sudamérica, con la Península, con Filipinas, con los hispanos de los Estados Unidos.

El gran mexicano que fue Alfonso Reyes escribía en la ya lejana fecha de 1914:

> *... América no descubrirá plenamente el sentido de su vida en tanto no rehaga, pieza a pieza, su "conciencia española* (22).

Lanzada de Reyes en el nervio capital de toda Hispanoamérica, pero agudamente dirigida, con un irritado llamamiento, a su propio país en el año del definitivo triunfo del México revolucionario sobre el viejo orden porfirista, para que acabara de descubrir el "sentido de su vida". Aunque Reyes, desde la "región más transparente", llamaba también a España:

> *... España no tiene mejor empresa en el mundo que reasumir su papel de hermana mayor de las Américas* (23).

Casi un siglo después, Reyes podría hoy seguir haciendo su doble llamamiento: a Hispanoamérica —a México— para que recobre su "conciencia española" y a España para que rehaga su "conciencia americana", pero ya no como "hermana mayor", sino simplemente como "hermana más vieja".

México tiene hoy una muy palpable evidencia de su caracter indígena, mucho menos en la realidad social que en la palabra. Y México tiene hoy muy desconsiderada su realidad hispana, mucho más en la palabra exhibida que en la realidad social detectable. Hernán Cortés no tiene una estatua, pero todo México es una estatua al conquistador extremeño. Porque el país del presente no es el Imperio azteca liberado: es algo muchísimo más amplio y que él unificó bajo el Virreinato. Y que el Virreinato legó a los independizadores.

Lo alega Vasconcelos:

> *La historia de México empieza como episodio de la gran Odisea del descubrimiento y ocupación del Nuevo Mundo. Antes de la llegada de los españoles, México no existía como nación; una multitud de tribus separadas por ríos y montañas y por el profundo abismo de sus trescientos dialectos, habitaba las regiones que hoy forman el terri-*

---

(22) Tomo la cita de la conferencia de Antonio Lago Carballo "*Mi primer viaje a América*", pronunciada en la "Casa de América" de Madrid, el 13 de octubre de 1999. Inédita.
(23) Id.

torio patrio. Los aztecas dominaban apenas una zona de la meseta, en constante rivalidad con los tlascaltecas, y al Occidente los tarascos ejercitaban soberanía independiente, lo mismo que al sur los zapotecas. Ninguna idea nacional emparentaba las castas; todo lo contrario, la más feroz enemistad alimentaba la guerra perpétua, que sólo la conquista española hizo terminar (24).

La maravillosa, asombrosa y riquísima, vida cultural que contemplamos en el prodigio museístico que es el Arqueológico del Distrito Federal, no es el exponente de un pueblo, sino de múltiples pueblos enfrentados que hoy pueden acogerse al nombre de Museo Nacional Antropológico, porque la obra de Cortés los unificó. Ciertamente con violencia, pero también con amor. Con la violencia y el amor que, a lo largo de la Historia humana, han hecho pasar al hombre de la vida tribal a la vida en civilización.

México camina hacia la comprensión entera de su historia. Queda camino por recorrer. Y en ese camino que falta se juega su futuro y su liderazgo. Asumir enteramente su mesticidad proclamada, liberarse de la losa de rencores anti-hispánicos cuidadosamente sembrados. Vivificar lo indígena y vivificar lo hispano. Con un orgullo no autocomplaciente, no apegado al desprecio de lo ajeno: simplemente como afirmación sencilla de lo propio.

No es fácil. Pero es necesario. Carlos Fuentes lo ha expresado cabalmente:

Confieso que vencer los prejuicios antiespañoles de México no es cosa fácil. La Conquista no acaba de ser vista ni como una derrota compartida, la del mundo indígena ciertamente, pero la de los conquistadores en tanto hombres nuevos, renacentistas, europeos, también; ni como lo que al cabo es: el preludio de una contraconquista en que el mundo nuevo merece su nombre pues lo hacen europeos, indígenas y africanos bajo el signo de un mestizaje que no dió cabida a las repugnancias e hipocresías del mundo anglosajón (25).

Inmediatamente antes de estas palabras, el propio Carlos Fuentes fija su reflexión en el hecho de lo que, frente a la "hispanofobia de algunos

(24) VASCONCELOS, JOSÉ: "*Breve historia de México*", 3.ª edición. México D.F., Ediciones Botas, 1937, pág. 9.
(25) Fuentes, Carlos. op. c. pág. 179.

sectores", representó la llegada de la emigración española tras la Guerra Civil:

> *... lo mejor de una cultura que nos obligó a decirnos a los mexicanos: esto es parte de nosotros, y si no lo entendemos, no seremos nunca completos, no seremos nunca nosotros mismos, mexicanos de cuerpo entero y, sobre todo, de alma entera* (26).

Hay una anécdota, que pronto se convertiría en mucho más, que nos relata uno de sus protagonistas, Leopoldo Zea. Es un diálogo con su profesor, el transterrado José Gaos:

> *¿Sobre que piensa hacer su tesis? —pregunta Gaos. "Me interesaría mucho —le dije—, hacerla sobre los sofistas griegos". "Querido Zea, estoy seguro que haría un buen trabajo, pero no aportaría mucho en ese campo... Se trata de hacer una tesis, y una tesis significa hacer un aporte al tema tratado. ¿Por qué no toca un tema mexicano, alguna corriente filosófica y su influencia, por ejemplo? por poco que aporte, siempre será un aporte porque hay poco, o malo, sobre estos temas. Además, si sale un buen trabajo, como estoy seguro que saldrá, su carrera en el campo filosófico estará asegurada". Acepté la sugerencia del maestro* (27).

¡Por poco que aporte! Nos estremecemos al pensar lo que arranca de esa breve conversación, de ese consejo de Gaos a Zea: todo el torrente del filosofar, no sólo mexicano, sino de toda Iberoamérica, en el empeñoso esfuerzo de Zea para definir la Filosofía vista desde el ángulo americano de su cultura.

Recuerda Zea:

> *El transterrado José Gaos, discípulo de Ortega, afirma en tierra mexicana e hispanoamericana la capacidad de sus hombres para filosofar* (28).

Zea niega la negación de la posibilidad de filosofar en nuestra América y en nuestra lengua. Pero el filosofar nuestro tiene como singular punto de

---

(26) Id., pág. 179.

(27) Zea, Leopoldo. "*José Gaos en el recuerdo*". En "Thesis", México D.F., UNAM, octubre 1979, págs. 17 y 18. Recogido en Guillermo Alfaro López, "*La filosofía de José Ortega y Gasset y José Gaos*", México D.F., UNAM, 1992, pág. 283.

(28) Zea, Leopoldo. "*Filosofar: A lo universal por lo profundo*". Bogotá; Fundación Universitaria Central, 1998, pág. 283.

arranque, como semilla germinal, su capacidad de integración de todo lo humano, cuyo resultado es el mestizaje como signo distintivo (29).

Cuando se afirma la posibilidad de filosofar en nuestro idioma se está haciendo algo más que manifestar la capacidad nuestra para el ejercicio de una técnica o práctica particulares. Se está afirmando algo más profundo y total: la capacidad de ser plenamente humanos. Algo que se escondía tras nuestra negación por los que se reservaban la posibilidad de filosofar y, consecuentemente, de ser enteramente humanos (30).

Cuando se afirma la posibilidad de filosofar en nuestro idioma —en nuestros idiomas hermanos español y portugués— se está afirmando nuestra propia humanidad, una humanidad que resulta de una común siembra ibérica sobre una plural cultura indígena, enriquecida por las aportaciones negroafricanas, una humanidad mestiza.

Nadie como México ha recorrido ese camino. ¿Y cómo en México algunos, inclusive poderosos, pueden recelar todavía del hilo que los une a todo el resto del mundo hispánico? Incomprensiblemente restan complejos ante España. ¿Pero cómo? ¡Si México ha sobrepasado a la vieja metrópoli en el camino de la integración humana!

Nada más contradictorio con el valor que México representa en el hoy, y más para el mañana, que un pobre nacionalismo cerrado y receloso que se esconde a veces tras él. "¡Como México no hay dos!", en el ruido mexicano fuera de México. (¡Signo tan español! ¡Ese ruido de los españoles, disfraz de una personalidad no enteramente segura de sí misma, a veces confesión de inferioridad, que se pierde en la medida en que de verdad creemos en nosotros y nos hacemos menos gritadores!).

---

(29) Escribe Zea en "*Filosofar: A lo universal por lo profundo*" (págs. 214 y 215): "Un peculiar género humano (del que hablaba Bolívar), que en América, al contrario del sajonismo, busca la integración de razas y culturas. Las razas y culturas que a lo largo de la historia de América se han ido encontrando en ella. La América en donde la primitiva raza indígena es enriquecida con la íbera, la africana y la asiática surgiendo una raza de razas y cultura de culturas y por ello capaz de originar una nación de naciones. Raza cósmica la llamó Vasconcelos. Raza que no es raza sino capacidad para reconocer a partir de la propia humanidad, la humanidad ded otros pueblos y hombres..." "Este será el punto de partida de la filosofía que a lo largo del siglo XX se irá desarrollando en esta América.

(30) Escribe Leopoldo Zea: "...reivindicar la existencia de un filosofar en lengua española, implica reivindicar la propia Humanidad". En "*Problemas de Identidad Hispano-Americana*", "Novedades", México D.F., 4 noviembre 1986.

MÉXICO: CRISOL

Mestizaje es la Utopía posible de la Comunidad indo-hispana. Como ha escrito Uslar Pietri:

> *Sin duda, la posibilidad de que la América Latina pueda llegar a ser un Nuevo Mundo reside principalmente en su vocación y en su destino de mestizaje cultural....*
>
> *En lugar de avergonzarse de su mestizaje, la América latina debe reconocer en esa peculiar condición la más poderosa base para su originalidad y para el gran papel de síntesis que está llamada a realizar en el futuro inmediato* (31).

Y México, la Nueva España, fue y es un alto crisol en donde esa naturaleza mestiza se fundió. La vieja España ya había sido crisol, choque de pueblos y culturas, de donde surgió un colosal empuje mestizador. España fué una desmesura, una exageración, un delirio histórico. Y esa desmesura, quien más la mantiene viva, la multiplica y desborda, es México.

Natural de un confín del Imperio Romano, cercano al Mar Tenebroso, me siento en Roma un provinciano. Nacido en una región del Reino euro-americano-africano-asiático-oceánico de las Españas, dominadora de todos los mares, recorro Toledo como un recién llegado a su corazón desde una de las provincias peninsulares. Abierto a la vida en un rincón de Iberia, me encuentro hoy en México como un peregrinante venido al núcleo central de mi cultura desde una provincia transatlántica. Me asomo a la Plaza Mayor de nuestra Comunidad Iberoamericana, el Zócalo mexicano, con los ojos deslumbrados, dispuesto al asombro, como un caminante que ha alcanzado su meta, que ha tocado la diana de su búsqueda, sumergido en su vida plural, integradora. En esa Plaza Mayor percibo, huelo, palpo, conozco, sé que estoy en el cruce de todos los caminos de mi Patria Grande.

Un solo empujón resuelto, una segunda página incruenta de su Revolución, nacido de la acabada creencia en sí mismo, y el pueblo mexicano se situará donde es debido. Vasconcelos soñaba, rompiendo la desesperanza de su tiempo:

---

(31) Uslar Pietri, Arturo: "*El Mestizaje Cultural en el Nuevo Mundo. Magia y grandeza de una síntesis creadora*" En "Life en español", 29 julio 1968.

... si otra vez el pueblo mexicano consuma una de sus alboradas magníficas, en que todo se endereza y purifica... ¿quién puede decir lo que una sola generación valerosa y patriota podría realizar, con las fuerzas mismas del desastre que hoy nos arrastra a la ignominia? Si la nueva generación llegase a plasmar el vigor santo que redime y construye, todo podía cambiarse en veinte años. En el sino trágico de México tiembla, a pesar de todo, la promesa (32).

Colmar el proceso de mestizaje y asumir su puesto nuclear de la Comunidad Indo-Hispana, es el hermoso y exigente destino del hombre mexicano (33).

(32) Vasconcelos, José, po. c. pág. 638.

(33) Los escolares mexicanos son los que tienen una información más completa de las Cumbres Iberoamericana: un 54,4 por ciento de los consultados en la encuesta hecha a 43.816 estudiantes de enseñanza media en 21 países iberoamericanos —salvo Cuba—, Portugal y España. Les siguen los paraguayos, con el 46,5 por ciento y los españoles con el 41,7 por ciento. CALVO BUEZAS, Tomás, "*La patria común iberoamericana. Amores y desamores entre hermanos*". Madrid, Cauce Editorial, 1998, pág. 322.